

mo en el mas austero de los claustros. A los ayunos de cuaresma añadía el de adviento y el de otros muchos tiempos particulares, durante los cuales su abstinencia era tan rigurosa, que apenas mezclaba algunas gotas de vino al pan y agua en que consistía todo su alimento. Pero tenía gran cuidado en ocultar su penitencia. Siempre llevaba un cilicio y una cadena de hierro debajo de los vestidos adornados de oro y piedras preciosas que su clase la obligaba á llevar. Casi todas las mañanas las empleaba en diversas iglesias, y para poder mas libremente prolongar sus coloquios con Dios sin ser conocida, iba á ellas antes de amanecer, vestida de labradora ó de artesana. Por último, despues de haberse libertado de la brillante servidumbre á que se habian lisongeado reducirla, abrazó un género de vida en que pudo dar libre rienda á su fervor. Edificada mucho tiempo habia del instituto de San Francisco, y de lo que la habian contado de la vida maravillosa de Santa Clara, fundó un monasterio en Praga, titulándolo de San Salvador; y en él se consagró solemnemente á Dios, con otras siete doncellas de ilustre prosapia. Clara, con quien mantuvo correspondencia, la envió cinco de sus religiosas para instruir á esta comunidad naciente, y exhortó sobre todo á Inés al amor de la santa pobreza. Vistióse tan perfectamente Inés del espíritu de Clara, que no permitió nunca que el monasterio, del cual era abadesa y fundadora, tuviese rentas seguras, á pesar de las instancias que la hizo para esto el Rey su hermano. Contaba

treinta y un años cuando se consagró al Señor, y vivió despues aun cuarenta y cinco.

Adolfo, conde de Holsacia, dió á los pueblos y á los Príncipes cristianos igual egemplo. Despues de haber militado distinguidamente en el egército de Federico y gobernado prudentemente su estado, abrazó el humilde instituto de los frailes menores, sin que le detuviese la consideracion de tres hijos de tierna edad que dejó bajo la tutela del duque Abel de Dinamarca. Perseveró así hasta la muerte, acontecida al cabo de catorce años de su entrada en la religion.

81. Brillaba la virtud en el grado mas elevado desde el norte al mediodia (1). Fernando III, que juntó inseparablemente los reinos de Leon y de Castilla, se grangeó al mismo tiempo el titulo de Santo por su sólida piedad, y el de Grande por sus conquistas sobre los moros, á quienes quitó gran parte de las provincias usurpadas á sus predecesores (*).

(1) *Chron. S. Ferd. ap. Boll. tom. 18.*

(*) Con el reinado del Santo y Grande Rey Fernando III principió la época de la mayor y mas sólida gloria de nuestra España. Enrique I, único varon entre los hijos de Alfonso VIII á quien sucedió, primero bajo la tutela y regencia de su madre la Reina Leonor, y despues debajo de la de su hermana Doña Berenguela, murió desgraciadamente cuando aun no contaba catorce años. Por esta muerte recayó el derecho á la corona en Doña Berenguela, no solo por ser la primogénita del Rey Alfonso, sino tambien por haber sido jurada dos veces por sucesora suya á falta de su hermano; mas á pesar de esto, se siguieron al fallecimiento de Enrique grandes disturbios y revueltas ocasionadas por los condes de Lara, enemigos irreconciliables de

Hizo desde luego formidable su nombre la toma inesperada de Córdoba. Sus tropas sorprendieron de noche una batería avanzada, acudió Fernando con un corto número de soldados y sitió la ciudad. El Rey

la Reina, y fue necesaria toda la prudencia de esta muger incomparable para vencer las dificultades y allanarle el camino del trono á su hijo. Luego que tuvo noticia de la desgracia de Enrique, envió embajadores á Alfonso IX Rey de Leon un tiempo su esposo, pidiéndole que la enviase su primogénito Fernando, pues tenia sumo deseo de verle. Concedióselo el Rey, y el Príncipe fue recibido en Autillo con indecible ternura de la Reina y con infinitas aclamaciones del pueblo y de los grandes que la seguian. Aumentáronse entonces los daños de la guerra civil, y hasta el Rey de Leon invadió la Castilla con egércitos poderosos en persecucion del Príncipe y su madre; pero Berenguela atrayendo á Valladolid muchos pueblos y grandes del reino, cedió todo su derecho á su hijo D. Fernando, que fue jurado y proclamado solemnemente á 31 de Agosto de 1217, á los dos meses y veinticuatro dias de interregno.

Diez y ocho años tenia San Fernando cuando comenzó á reinar, y durante aun el primer año de su reinado restituyó la paz á Castilla, sojuzgó á los rebeldes condes de Lara, y tuvo córtes en Burgos donde se confirmó su coronacion. En 1219, por consejo de su heróica madre, casó con Beatriz, hija de Felipe de Suabia Rey de los romanos; cuyo enlace y la numerosa prole que concedió el cielo á los augustos esposos, fueron nuevos prestigios que atrajeron á Fernando el amor y respeto de sus súbditos, en cuyos corazones reinó como verdadero padre. Purgó su reino de ladrones, bandidos y hereges; concedió una amnistía general á todos los que al principio andaban alborotados, y por todas partes hizo resplandecer su prudencia, su justicia, su misericordia y las demás virtudes que tan perfectamente adornaron su alma y su cuerpo. Sosegadas de este modo las alteraciones, tuvo lugar el santo Rey de dirigir todas sus miras contra los moros, y en 1224 comenzó la gran carrera de sus victorias, de que daremos una breve reseña en la nota siguiente.

Abenhot habia salido afortunadamente de la ciudad para ir á socorrer á Valencia, acometida por el Rey de Aragon, y murió en esta expedicion por la perfidia de uno de los suyos. Introdújose despues de su muerte la division entre sus vasallos, mientras que el egército de Fernando crecia de dia en dia ante las murallas de Córdoba. Estrechada estaba la plaza por todas partes, interceptada la introduccion de víveres, y los innumerables moradores de aquella ciudad, una de las mas populosas del mundo despues de Roma y de Constantinopla, reducidos á los rigores del hambre: así es que pidieron capitulacion. Concedióseles por sola condicion que se les conservaria la vida, pero sin llevar nada consigo. De este modo fue arrancada Córdoba del dominio de los musulmanes, la vispera de San Pedro 28 de Junio de 1236, despues de haber sido su capital en España por espacio de quinientos y tres años, es decir, desde el año 713 (1). Al dia siguiente, fiesta de los santos Apóstoles, despues de haber purificado la mezquita principal, la mas grande y mas bien decorada de toda España, se celebró en ella misa solemne con sermon, siendo grande el contento del egército y de los demás cristianos que asistieron de toda la comarca. Como el pais de Córdoba es muy abundante y la situacion hermosa, la ausencia de los moros no dejó vacío alguno. Faltaron casas mas bien que ciudadanos nuevos para habitarlas. Establecióse la silla

(1) Ric. S. Germ. 1236.

episcopal, como en otro tiempo, bajo la metrópoli de Toledo.

Fernando tomó despues de esta hazaña brillante una preponderancia prodigiosa sobre los árabes (1). Quitóles en breves años á Jaen, Sevilla, Cádiz y otras innumerables plazas de menos monta. Vióse precisado Abusail, Rey de Granada, á rendirle vasallage dejando á Jaen bajo su poder. Los moros de Sevilla, en número de cuatrocientos mil, al cabo de un sitio de diez y seis meses se vieron obligados como los de Córdoba á retirarse sin llevar cosa alguna, unos al África, otros al reino de Granada y á las demás posesiones que les quedaban aun en España (*).

(1) *Annal. 23. VII. lib. 1.*

(*) La rapidísima narracion que nos da Berault de las victorias de San Fernando, si bien es suficiente para hacer formar al lector alguna idea, aunque obscura, de las glorias de aquel héroe incomparable, necesita sin embargo de mayor estension, y de coordinar la cronología de los hechos, sin la cual no puede concebirse su grandeza y su mérito. El principio de estos triunfos se debe fijar, como dijimos en la nota anterior, en el año 1224, en cuya primavera una parte de su egército invadió el reino de Valencia, y la otra al mando del santo Rey penetró en Andalucía. En esta jornada se apoderó de Quesada y de otras seis plazas en las riberas del Betis y en el territorio de Jaen, pero las demolió por no poder poblarlas, y regresó á Toledo despues de haber pasado á cuchillo muchos millares de sarracenos. En 1225 entró al frente de su egército en el reino de Valencia, mas el Rey moro Zeit Abuzeit temiendo la ruina que le amenazaba, salió hasta Cuenca poniéndose en manos de San Fernando, que le recibió por vasallo, y le dejó libre el reino. Las campañas de 1226 y 1227 se redujeron á demoler todos los castillos y fortalezas que poseían los infieles en el reino de Jaen, y á la toma de Baeza, Andujar, Martos, Priego y Alhambra,

82. Pasó el Rey Jaime de Aragon con su gente á la isla de Mallorca en una flota formidable, ganó una gran batalla á los infieles, hizo prisionero al Rey y á uno de sus hijos, tomó por asalto la capital y

en todas las cuales destrozó las fuerzas del enemigo é hizo diez y siete mil cautivos. En los tres años siguientes, mientras que su padre el Rey de Leon Alfonso IX hizo la guerra en Estremadura, obligó San Fernando al Rey de Sevilla á rendirle homenaje y pagarle tributo, desoló el reino de Jaen y acometió la capital, aunque no pudo tomarla por entonces: apoderóse de Alcalá la real, y destruyó otros muchos lugares y fortalezas.

El fin de esta campaña fue muy sensible para el santo Rey. Su padre Alfonso IX de Leon, que se coronó en ella de nuevos laureles conquistando á Cáceres, Mérida y Badajoz, y destrozando en campo abierto el egército del Rey moro de Sevilla mucho mas numeroso que el suyo, se vió acometido de su última enfermedad y murió á 24 de Setiembre de 1230 en Villa-nueva de Sarria en Galicia, yendo á dar gracias al Apóstol Santiago por su favor en las victorias pasadas. Luego que recibió San Fernando esta triste nueva, dejó la guerra de Andalucía, y partió con el arzobispo de Toledo D. Rodrigo á consultar con su madre y con los prelados y señores del reino lo que convenia practicar para la sucesion de Leon. Resolvieron pasar á aquel reino sin detenerse, y hallaron en él las cosas en mejor estado de lo que creían. Los ánimos de los principales leoneses estaban inclinados á las virtudes y santidad del Rey de Castilla; por lo que se apresuraron á proclamarle y jurarle por su Rey, como lo efectuaron en la catedral de Leon con universal alegría, quedando así unidos para siempre ambos reinos. Adquirióse en breve San Fernando el amor de sus nuevos súbditos, y con este aumento tan considerable de fuerzas pudo ya emprender mayores hazañas y conquistas. En efecto, en 1234 tomó á Úbeda, y principió la guerra contra Córdoba que concluyó en el año siguiente con la toma admirable de aquella gran ciudad. La misma importancia de esta gran conquista, los cuidados necesarios que á ella se siguieron para la repoblacion y

se hizo dueño de toda la isla, y de la de Menorca, cediendo luego una y otra al Infante de Portugal en cambio del condado de Urgel (1). Despues de la conquista de Mallorca, emprendió el Monarca aragónés

arreglo de los negocios civiles y eclesiásticos y la enfermedad que sobrevino al santo Monarca, le impidieron en los años siguientes continuar la guerra de Andalucía. Mas en 1243, su primogénito el Príncipe D. Alonso comenzó de nuevo las hostilidades, y ocupó las plazas y fortalezas del reino de Murcia, cuyo Rey moro se hizo vasallo y tributario de Castilla. En 1244 salió ya al campo San Fernando con un ejército destinado á la conquista de Jaen, la que efectuó despues de haber derrotado varias veces y llenado de terror á todos los infieles de aquel reino y del de Granada, cuyo Rey se hizo tambien su vasallo y tributario.

Nada era ya bastante poderoso para arredrar la marcha triunfante de Fernando. Sin embargo, previno extraordinarios aparatos bélicos en 1245, para emprender la guerra de Sevilla que duró hasta el 22 de Diciembre de 1248, en cuyo día entraron en ella triunfantes el Rey y la Reina, el Príncipe D. Alfonso, los Infantes, el Príncipe de Aragon, D. Pedro, Infante de Portugal, los obispos, los grandes y la tropa procesionalmente. Traspasaríamos nuestros límites si quisiéramos describir uno por uno todos los admirables sucesos que ocurrieron en esta grande empresa, que dió el golpe verdaderamente mortal al poder de los musulmanes en España. Pero no podemos omitir el celo y magnanimidad del héroe que la llevó á cabo. No solamente perdonó San Fernando la vida á los vencidos, si que de mas á mas les concedió entera libertad de retirarse con todos sus haberes á donde quisiesen, y aun les dió guías y bagages á los que se retiraron por tierra, y trece buques mayores á los que pasaron al África. Luego de entrado en aquella inmensa ciudad, puso la mano el santo conquistador en la restauracion de la Religion y del culto, que fue siempre el primero y principal objeto de todos sus anhelos: hizo purificar las mezquitas y consa-

(1) *Index rer. Arag. tom. 3. = Hisp. illustr. pag. 75.*

la del reino de Valencia. Ganó muchas plazas que sometió durante el espacio de algunos años, y luego se adelantó hasta la capital (1). Era corto el número de sus tropas con respecto á la plaza que debia sitiarse; pero le llegaron luego auxilios no solo de sus estados, sino de Francia é Inglaterra. Habíase refugiado en Aragon el Rey legítimo Abuzeit, destronado por Zaen, donde tuvo la felicidad de abrazar el cristianismo, cumpliéndose el ruego profético de los santos misioneros á quienes hizo padecer el martirio. El usurpador, al cabo de un sitio de seis meses, se

grarlas en otras tantas iglesias que dotó abundantemente; designó para obispo á su quinto hijo el Infante D. Felipe, que estudió en París bajo la direccion del insigne maestro San Alberto Magno, encargándose del gobierno de aquella metrópoli mientras que el electo llegaba á la edad de recibir las órdenes, el obispo de Segovia Don Ramon, que despues fue trasladado (en 1260) á la cátedra de Sevilla. Proveyó tambien el santo Rey á la repoblacion de la ciudad que estaba desierta: concedió varias esenciones á los que fuesen á poblarla, y le señaló los mismos fueros de Toledo, cuyas franquezas eran sumamente estimables en aquellos tiempos.

A consecuencia de la toma de Sevilla y en el año siguiente de 1249, se apoderó Fernando de todas las plazas del reino desde el Guadalquivir hasta el estrecho. Las principales fueron Jerez, Medina-Sidonia, Velez, Alcalá de los Gazúles, Sanlúcar, Cádiz, Puerto, Rota, Arcos, Nebrija y Tribujena. Comenzó luego sus preparativos para pasar al África y á la tierra santa, sabida la poco feliz jornada de San Luis, y aun llegó su armada á hostilizar las costas de Marruecos; empero cesaron bien pronto los estruendos militares á causa de la enfermedad que sobrevino al santo Rey, á quien Dios llamaba ya al premio de tantas hazañas y virtudes. Mariana, lib. 12. = Ortiz, lib. 9. Crónica de San Fern. &c. &c.

(1) *Escolan. lib. 5. cap. 4.*

vió obligado á entregar á Valencia, cuyos habitantes árabes fueron tratados con menos rigor que los de Sevilla y Córdoba. Concediéronles además de la vida, escolta para salir de la ciudad con todo cuanto pudieron llevar consigo (*). Abuzeit, llamado despues

(*) Desde que Jaime I se sentó en el trono de Aragon, despues de las muchas turbulencias que agitaron el reino durante su minoridad, se anunció como el héroe que con la conquista de tres reinos debía afirmar incontrastablemente el poder y gloria de su nacion. La primera de sus empresas tuvo por objeto á Mallorca. Juntó el Rey para esta expedicion una escuadra de ciento sesenta velas, en la que embarcó diez y seis mil infantes y dos mil caballos, á principios de Setiembre de 1229; y en el espacio de tres meses se apoderó de la capital y de toda la isla, aprisionando él por sus propias manos al Rey moro. Restableció luego la Religion, erigió con aprobacion del Papa la silla episcopal de Mallorca, dotóla magníficamente nombrando por su primer obispo á Bernardo, abad de San Felin de Guixols, como consta del privilegio espedido en esta ocasion; y en Octubre de 1230 regresó triunfante á Cataluña. En el mismo año los moros de Valencia, enojados contra su Rey Zeit Abuzeit por la paz que tenia con D. Jaime, por las parias que le pagaba y por otros sus actos de rendimiento y vasallage, instaron á Zaen, gobernador de Denia, á que viniese con sus tropas á apoderarse del reino. Egecutólo así Zaen, y Zeit, abandonado de los suyos, se retiró con su hijo á Calatayud, donde le acogió el Rey D. Jaime benignamente, y se confederó con él para quitar el reino al usurpador. Empero mientras se hacian los aprestos para esta campaña, pasó el Monarca aragonés por segunda vez á las islas balears en 1232, y se apoderó de Menorca dejando á los moros en libertad de salirse de ella, ó quedarse vasallos suyos con los pechos ordinarios. De este modo faltando á los infieles el abrigo de aquellas islas que servian como de escala á los africanos para pasar á Valencia, se hizo ya mas probable el buen éxito de la conquista de este reino. Sin embargo, la empresa pedia mas fuer-

de su conversion Vicente de Belvis, permaneció reducido á la fortuna de un particular, mas con una opulencia proporcionada á lo que habia sido. Siguió morando en Valencia, donde su piedad le inclinó

zas de las que el Rey tenia prontas, por lo que á fines del año juntó córtes en Monzón, en las que se publicó la cruzada que á sus instancias habia concedido el Papa Gregorio IX, alistándose primero el Rey, y luego muchísimos caballeros y pueblo. Por otra parte, Zeit Abuzeit tenia en Valencia muchos partidarios, y con los ausilios de gentes y dinero de los pueblos que perseveraban en su devocion, iba recobrando otros que estaban por el usurpador.

Preparada así la jornada, se le dió principio en la primavera de 1233 durante el cual se apoderaron los cristianos de todas las plazas y fortalezas sitas hácia el norte del reino hasta seis leguas de la capital. En los años siguientes fueron coartando mas y mas á Zaen los límites de su reino: en 1235 hizo D. Jaime una diversion sobre Iviza y se apoderó de ella, cediéndola al Infante de Portugal D. Pedro como las otras balears en cambio del condado de Urgél que el Infante poseía por herencia de su muger la condesa Aurembiase. Por Enero de 1236 batió de nuevo á los moros hasta apoderarse del castillo del Puig de Enesa, á dos leguas de la capital, donde puso fuerte guarnicion para que incesantemente vigilase y combatiese á los infieles. El cielo se mostró en este lugar muy propicio á las armas de los cristianos. Con el corto número de tres mil infantes y cien caballos hicieron frente á un ejército de mas de cuarenta mil moros de todas armas, á los que derrotaron tan completamente, que despues de matarles una tercera parte de gente, los acuchillaron hasta media legua de la capital. Tan prodigiosa victoria se atribuyó á un milagro, pues afirman los historiadores de aquel tiempo que se apareció visiblemente y peleó por los cristianos el mártir San Jorge á quien invocaron al principio de la accion. Si así sucedió, no fue este solo el milagro obrado en el Puig de Enesa. Los centinelas del castillo, y todos los caballeros y eclesiásticos observaron repetidas veces bajar desde el cielo al anochecer di-